

La Tercera

Santiago, domingo 2 de octubre de 2005

Reivindicación de un cadáver tuerto

Hace poco más de tres meses el escritor Eduardo Labarca viajó desde Viena a Santiago para presentar su nueva novela autobiográfica **Cadáver Tuerto**. En ella reconoce ser el autor de las memorias apócrifas de Carlos Prats, **Una Vida por la Legalidad**, que escribió hace 30 años en Moscú por encargo del PC chileno. Su revelación generó un amplio debate sobre qué dirigentes comunistas participaron en la farsa. En la siguiente columna Labarca da sus razones para hacer un mea culpa ante las hermanas Prats y explica por qué no dará los nombres de quiénes le pidieron escribir el libro apócrifo.

por Eduardo Labarca

La Wikipedia en español, enciclopedia de los internautas, afirma que *cadáver tuerto* es un tipo de *cadáver exquisito* y que *cadáver exquisito* es "una técnica por medio de la cual se ensamblan colectivamente un conjunto de palabras e imágenes". Dice que a diferencia de lo que sucede con el *cadáver ciego*, en un *cadáver tuerto* cada autor conoce "el último párrafo, la última línea o la última palabra que hubiese escrito el participante precedente". Pero la Wikipedia no cuenta que el término *cadáver tuerto* fue acuñado el 18 de abril de 1996 por el autor del presente artículo y subido desde Viena con un clic a la Lista Chile-Humanidades de internet. Desde allí las expresiones *cadáver tuerto*, *cadáver al alimón*, *cadáver oportunista*, *cadáveres jimaguas* se fueron por el mundo sin que nadie mencionara mi autoría, pues la *web* es comunista y no reconoce derechos de autor. Y uno de los aterrizajes se produjo en mi novela *Cadáver Tuerto*, donde una directora de teleseries cita mi clasificación. ¡No está prohibido plagiarse a sí mismo!





REUNIÓN CON CHEYRE:

"Visité al comandante en jefe del Ejército, porque él se arriesga para hacer avanzar las cosas y yo también he asumido un riesgo", dice Labarca.



HERMANAS

PRATS-CUTHBERT:

Labarca asumió ante las hijas del general asesinado su responsabilidad por haber escrito hace tres décadas las memorias falsas de su padre.

De las 344 páginas de la novela llamaron de inmediato la atención las ocho en que Lautraro, el protagonista, escribe el diario falso de un militar. La prensa hizo la asociación con el caso del general Carlos Prats, asesinado en 1974 en Buenos Aires junto con su esposa Sofía, de quien se había publicado un diario apócrifo... Comenzaba a circular la novela, las preguntas arreciaban y entonces di un paso decisivo: reconocí mi participación en la redacción del diario ilegítimo que el prestigioso Fondo de Cultura Económica publicó en 1976 en México, creyéndolo verdadero, bajo el título Una Vida por la Legalidad. Ese libro conquistó la portada de los diarios, llegó a las bibliotecas de los cinco continentes y a lo largo de una década fue citado copiosamente por periodistas, políticos y académicos de países capitalistas y de los países socialistas de entonces. En las casas de los chilenos "del exterior" el libro ha ocupado un sitio de honor.

El diario apócrifo engañó a uno de los mejores conocedores de los secretos del golpe, el ex embajador de Estados Unidos en Santiago, Nathaniel Davis, que en su libro Los Dos Últimos Años de Salvador Allende lo cita 16 veces; lo mismo hacen otros investigadores. No sin orgullo vi la edición mexicana en la vitrina de la librería Barnes

& Noble de Nueva York y leí la reseña que le dedicó The New York Times, y conservo el artículo al respecto del corresponsal de Le Monde en Nueva York, Louis Wiznitzer, publicado en la edición del 13 y 14 de marzo de 1977. En Colombia apareció una edición pirata.

En esos años de represión, la edición mexicana circuló muy poco en Chile, pero el 1 de mayo de 1983 salió una versión clandestina con un post scriptum del Partido Comunista: "Dada la suma de represión y muerte que el tirano descarga sobre el pueblo, es difícil para muchos editar un libro de esta naturaleza en el interior del país. (...) Eludiendo la represión hemos cumplido esta tarea". Muchos conservan esta edición, de la que poseo un ejemplar.

Al escribir ese libro tres décadas atrás se había iniciado para mí una larga historia que se ha desarrollado como un *cadáver tuerto*, con muchas etapas y participantes. Ni yo ni nadie ha conocido todos los secretos acumulados en esta tira de papel que se va enriqueciendo y enrollando.

En 1985, cuando el diario apócrifo llevaba nueve años circulando sin que nadie objetara su autenticidad, las hijas del general Prats lograron, levantada la censura, publicar en Chile, en la editorial Pehuén, las memorias verdaderas de su padre que habían rescatado en Buenos Aires. Después del atentado contra el matrimonio Prats-Cuthbert, había corrido el rumor de que los asesinos se habían robado los originales de esas memorias, pero nadie, que yo sepa, pensó en preguntarles a las huérfanas si el rumor era verdad. En el prólogo de las Memorias verdaderas, las hijas se refieren en términos comedidos "al libro apócrifo que alguien escribió en México y que, cualquiera haya sido su objetivo, deriva del compromiso con intereses particulares y no con la verdad".

Durante largos años pareció que nadie iba a agregar más nada al *cadáver tuerto* y que el asunto quedaría allí. Pero en mi inconsciente el pasado pugnaba por salir, lo que sucedió de manera sublimada en la novela.

Cuando terminé de escribirla no quise que, leyéndola, las hijas del general Prats dedujeran mi participación en el asunto sin haberles avisado. Pedí consejo a mi amigo Isaac Frenkel, abogado respetado y de buen criterio, quien habló con Sofía, la hija mayor, que estaba por viajar de embajadora a Grecia, y le anunció que saldría la novela y que yo estaba dispuesto a asumir mi responsabilidad. Más tarde viajé a Atenas, donde la embajadora Prats Cuthbert me recibió con cortesía.

Develado mi antiguo secreto, a los pliegues del *cadáver tuerto* se suman ahora nuevas voces. En las últimas semanas se ha dicho que el diario apócrifo tenía por objeto dividir a las Fuerzas Armadas y favorecer una guerra civil. Yo siento que los opositores a la dictadura teníamos derecho a interpelar a los militares y a invocar al general Prats para mostrarles que había un camino diferente al de la represión. Pero que hayamos incurrido en una falsificación con ese fin es cosa preocupante.

En la primera entrevista acerca de la escritura del diario dije que "dentro de la tragedia que vivíamos, con nuestros amigos detenidos y torturados hasta la muerte y hechos desaparecer, estábamos bastante locos, porque a la distancia hoy me parece un acto inconcebible, descabellado, inútil".

En la nueva etapa del *cadáver tuerto* me he cuestionado diciéndome que escribí el diario imbuido de la lógica política y sus eternos procedimientos torvos: manipulación, encubrimiento, mentira. Anidaba en nosotros una arrogancia peligrosa, nos sentíamos con derecho a decidir por los demás y hablar por ellos. Tuvo que pasar el tiempo hasta hallarme sumergido en un mundo diferente, el de la creación literaria, para que el residuo de esa historia añeja me inspirara las ocho páginas que han desatado el debate. Como parte del *cadáver tuerto* me siento tironeado de un lado y de otro.

Un dirigente comunista se refiere a la redacción del "diario" diciendo que "Labarca lo hizo con una consideración y un respeto muy alto por la figura de Prats. Mirándolo con rigor ese texto está realizado sobre la base de hechos. No es una mera falsificación". Paradójicamente, me veo obligado a defenderme de mi defensor y a reivindicar mi gesto con un alegato contra mí mismo, pues hoy pienso que el único "respeto muy alto" hubiera sido distribuir profusamente los discursos y documentos verdaderos del general Prats. A ello puedo agregar que una hija del general me hizo notar que su padre no utilizaba el lenguaje que le atribuyen las páginas más citadas de la edición mexicana. ¿Qué diría este dirigente si se publicara un diario de Gladys Marín escrito con "respeto muy alto" por desconocidos que pusieran en su boca lo que se les antojara?

En la novela *Lautraro* dice a las hermanas del militar asesinado que al falsificarle un diario "quise sacar fruto de la muerte del hermano de ustedes, como el ladrón que penetra a la escena del crimen detrás del asesino para saquear los bolsillo del cadáver". Los personajes de novela no se andan con remilgos.

Quienes hoy se suman al *cadáver tuerto* con un conocimiento fragmentario de los hechos tienen dificultad para distinguir los personajes reales de los protagonistas de la ficción. Algunos han deducido mecánicamente de la novela que yo habría escrito el diario "por orden del Partido Comunista" o "por encargo" de tal dirigente. Nada he sacado con aclarar que "fue un acto voluntario", que "no hubo orden ni encargo", pues al día siguiente vuelvo a leer la misma afirmación en palabras de una periodista, en la página web del PC o en otros foros. También ha persistido la errata que me atribuye la calidad de ex director del diario *El Siglo*.

Una cosa es la novela donde los nombres son ficticios y el autor maneja los personajes y otra la vida real en la que no he querido nombrar a las personas que participaron en esta empresa en Moscú, aunque no hay misterio sobre quiénes actuaron en la publicación y divulgación del libro en México, cuya buena fe también fue sorprendida.

He sido discreto por fidelidad a un pasado del que no reniego, a mis camaradas, a mis amigos. Por respeto a mí mismo, ya que no he dado este paso como denunciante sino para asumir mi responsabilidad en un país donde los autores y encubridores de los mayores crímenes, incluido el asesinato del matrimonio Prats-Cuthbert, pretenden que no sabían nada.

Modestamente tengo la esperanza de que mi gesto nos ayude a mirarnos a nosotros mismos y le haga bien a este país. Con la mediación de Osvaldo Puccio visité al

comandante en jefe del Ejército, porque he visto que el general Cheyre se arriesga para hacer avanzar las cosas y yo también he asumido un riesgo.

Si alguien desea incorporarse al *cadáver tuerto* y compartir la responsabilidad conmigo, enhorabuena; pero si me preguntan nombres o me nombran a alguien, callo, y a nadie sugiero lo que debe hacer. Por eso me sorprende que un mensaje electrónico que envié al presidente del PC, en el que reiteraba que no he dado ni daré nombre alguno, haya sido usado como certificado de inocencia. Al callar tampoco blanqueo a nadie.

En mi evocación de este *cadáver tuerto* que se sigue escribiendo a retazos, quiero terminar nombrando a las señoras Sofía, María Angélica y Cecilia Prats Cuthbert, hijas del general Carlos Prats González y de doña Sofía Cuthbert Chiarleoni, las herederas olvidadas en los dobleces de esta saga. Ha sido un honor para mí conocerlas y confío en que mi intento de reparación contribuya a que resuene muy alto la voz auténtica de su padre. Y espero que un día la tira de papel en que se asientan los restos de esta historia pueda estirarse por completo y mostrar sus secretos al sol.